

EL HILO DE LA VIDA

Cada vez que mi abuela me pillaba en mi mundo, se acercaba muy despacio y me daba un susto, seguido de una ristra de sonoros besos, con los mofletes aplastados entre sus palmas abiertas. Cuando me iba soltando lentamente, como si fuese un adiós definitivo, yo escuchaba casi en un susurro: “mujer ventanera poco costurera” y notaba en su expresión un gesto de orgullo, que me sobrecogía y enternecía a partes iguales. Mirándola fijamente y con una pizca de arrepentimiento, le respondía que no miraba por la ventana y ella, con una sonrisa y asintiendo con su cabeza, me repetía que sí, que mi imaginación era un boquete gigante, destapado y dispuesto, por el que se escapaba sin remedio mi atención. Mientras cambiaba de ocupación, añadía que, en su justa medida, la fantasía es una cualidad que, a la larga, da más satisfacciones que decepciones.

Nunca le replicaba, contenía las infantiles protestas que se me ocurrían, apretando mi boca con tozuda presión. En la niñez, y únicamente entonces, con ese truco es fácil estirar el silencio, aplacar tus impulsos y evitar perjuicios mayores, que producen más remordimiento que regocijo. Para mí, ella era casi perfecta, con esos ojos de agua, ese moño bien peinado de cabellos dorados y esa elegancia propia de una gran dama de la canción, segura de su encanto y de “no dar puntada sin hilo”. Admiraba su distinción al andar, su cálida voz y la grácil oscilación de sus manos, que le acompañaban rítmicamente, como dos músicos pendientes de no perder el compás.

Me gustaba cómo reprendía al abuelón con paciencia infinita y cómo le contemplaba con sigilo de enamorada. A él, por su altura inalcanzable, como un faro poderoso que ilumina el destino, solamente podíamos abrazarle cuando se agachaba. Nos parecía que, de puntillas y levantando el brazo, podía tocar el cielo y él nos amenazaba muy serio con subirnos a una nube, soplar vigorosamente como el lobo del cuento y dejarnos volar en una travesía imprevista y con un arriesgado aterrizaje “pendiente de un hilo”. A continuación, se reía con su risa franca, acorde con su carácter bondadoso y tranquilo.

Jamás oí un término hiriente entre ellos, pese a que se enfadasen por tonterías. En cualquier momento, ella recitaba: “no hay que fijarse en lo ancho de la puntada” y él proseguía guiñando un ojo y atusándose su pelo canoso: “sino en lo fuerte de la costura”. Estaban tan compenetrados y conectados en su cadencia que, si él se tocaba las puntas del bigote sutilmente, ella se ponía a tatarrear una alegre canción y sus pies parecían danzar sin rozar el gélido suelo. Esa conexión era magia, un mecanismo invisible y engranado que compartían en secreto, quizá sin darse cuenta ellos, aunque perceptible para los que jugábamos a observarles. Todo lo contrario a lo que sucedía con mis padres. Sus interminables intercambios de impresiones solían finalizar en reproches subidos de tono y sacados de contexto.

Su verdadera pasión, además de su adorado marido y, como decía papá, de sus trasnochadas cosas de críos, era hacer ganchillo en una antigua mecedora en la que, paradójicamente, permanecía muy quieta. No supe cómo conseguía la inmovilidad en ese artilugio, al que yo trepaba sin su permiso,

proyectando luego saltar sin caerme. Y no recuerdo, en mi cercenada memoria, un solo día que no repitiese “poco se gana a hilar, pero menos a holgar”, dedicándose a su tarea con una admirable concentración y una rapidez inimitable. Al menos para mí, que no tuve la fortuna de heredar su destreza en ese arte, ni su cautivadora mirada, ni su lindo porte, ni su pericia en ignorar educadamente a la gente insoportable, ni su suerte en el amor. Movía la aguja con una energía imbatible y las cuerdas de gamas dispares se entrecruzaban, creando distintos dibujos, de acuerdo con los patrones que ella componía en su mente, sin necesidad de plasmarlos al pie de la letra en un papel. Tal y como hacía con su vida, sin imposiciones ni obligaciones sociales, tantas veces dominadas por la hipocresía, las pérfidas intenciones y el chismorreo dañino e injusto.

La compañía que aceptaba exclusivamente, mientras emulaba a Penélope, era la mía y la de mi hermano. Eso sí, con tres básicas condiciones que cumplíamos a rajatabla para eludir una severa reprimenda: hablar lo imprescindible y sin elevar la voz, guardar un sepulcral silencio cuando ella tenía que contar puntos y no preguntar por qué algunos ratos deshacía lo hecho con malhumorada determinación, como quien libra una batalla sabiendo que está perdida. La estricta prohibición terminaba cuando nos indicaba, volviendo a su dulzura característica: “hacer y deshacer todo es quehacer” y recuperábamos el poder de la palabra y el don de corretear por la habitación.

Puso su mejor voluntad en enseñarme esas labores que, según ella, te permitían despejar el pensamiento de tormentas y problemas, aclarando los

peores panoramas y dándote un respiro, proporcionándote un entretenido viaje lejos de la realidad y de los pecados, propios y ajenos. Porque, cuando la conciencia y el entendimiento aprietan sin compunción, deben ser premiados con el olvido pasajero y el entretenimiento, para que no ahoguen la paz de tus actos y misterios. Sin embargo, su esfuerzo fue en balde, yo carecía de esa capacidad, incluso en el mínimo nivel de exigencia y en la benevolencia suprema de una maestra entregada sin ambages. En mi caso, no sirvió ni su empeño, ni mis ganas, ni aquello de que “para aprender a bordar, harás muestras sin parar”. En cada insignificante o tremendo fracaso, no vi decaer su desmesurado entusiasmo, ni su afán abnegado de adiestrar mi ilimitada torpeza. No obstante, sentí con frecuencia su ahínco en alejarme de las disputas cotidianas que retumbaban en aquellas paredes y en nuestros inocentes oídos. Esas que provocaban un mar de nudos, más grande que el de mis lanas, en su garganta.

Y, como “para muestra un botón”, nuestro hogar era único, no se parecía a ningún otro, ni del pueblo ni de la comarca y eso, evidentemente, nos hacía especiales. En medio de sus desagradables enfados, mi padre decía con inusitada furia que era más bien ridículo, secuela de una chifladura congénita y que así habíamos salido. En cambio, a mí me encantaba vivir rodeada de colorines, que ofrecían mil destellos cuando los bañaban los rayos solares, que te facilitaban el objetivo de soñar incluso despierta y que te brindaban una perspectiva diferente de los objetos. Quizá por ese arco iris de mi infancia aborrecí contumazmente el negro. Y quizá, por esa cólera asidua en aquella época, no logré compenetrar correctamente mi afecto.

Una tarde que llovía a cántaros, mi tía suspiró y comenzó a contarme algo, una parte de su esencia, que resultó ser parte también de la mía. Llevaba un lustro aproximadamente casada con él y, pese a que lo deseaban con el corazón, no habían logrado tener un niño, una criatura común en la que verse reflejados, en la que volcar su compartida cotidianeidad. Les decían insistentemente que no se preocupasen, que pronto llegaría el primero, al que le seguirían media docena, como si hablasen de huevos o madalenas. La pena de no recibir ese regalo que creía merecer, hizo que ella pasase más tiempo del habitual en el altillo, porque se convencía a sí misma recalando en su interior que “cuando tejo, todas mis penas alejo”.

De esta manera y como un refugio factible, inició una colcha, para que calmase ese frío que sentía en cualquier instante, para que cubriese por completo ese amor que compartían, sin que se escapase ni un ápice de ese calor. Eligió la aguja de menor tamaño para prolongar la costura y acortar los ratos vacíos, que se llenaban de culpa y cierta amargura. Se destrozó los dedos y empapó su obra de inconsolables lágrimas, que servían de alivio y de ocupación. Una madrugada de otoño, después de que él hubiese ido a buscarla en más de veinte ocasiones, golpeándose cada una en la puerta baja por no inclinarse cuando la atravesaba, mientras murmuraba “quien ama a la tejedora, duelos tiene y más espera”, el magnífico edredón quedó acabado sin defectos en su interminable extensión, pudiendo cubrir sin desplegarlo diez camas como la suya.

Aunque pesaba una tonelada, consiguió bajarlo por la escalera y llevarlo hasta la habitación, donde su marido dormía, tras sus accidentadas incursiones a la buhardilla. Retiró la vieja cubierta, la gruesa manta y la primorosa sábana de lino con puntilla de ganchillo. Lo colocó, alisando el tejido con “manos de costurera que no ensucian la tela”, para que no quedase ni una arruga que alterase la serenidad de esa noche. La parte que sobraba, la estiró por el resto de la estancia, de modo que no quedó ni un centímetro sin tapar por aquella telliza, que ella consideraba su última posibilidad y el remedio a tanto desvelo. Una vez que se sintió cerca de él, le fue despertando a besos, unos breves, otros eternos. Y el efecto fue el soñado, transcurridos los meses pertinentes y los antojos correspondientes, ambos asomaban sus caras a una cuna adornada con mil lazos, que les devolvía la más bonita imagen que hubiesen podido concebir, mi madre.

Asimismo, en la espesura de mi anieblada retentiva, me acuerdo de un día caluroso que, estando nosotras en la faena de preparar unas borlas con cordoncillos de algodón, se presentó mi hermano. Su rostro era un poema y estaba pálido, como una hoja de papel que echa de menos ser escrita. A pesar de las vilezas de algunos de los niños del pueblo, que se metían con él por sus salidas sin malicia y su obstinada tartamudez, no desperdiciaba su alegría, ni sus ganas de salir. No lo hacía ni siquiera cuando nuestro padre farfullaba con desprecio que, si no era tonto de remate, poco le faltaba. Ese comentario molestaba sobremanera a mi abuela, que pensaba que el problema era aquella unión de su querida hija, esa que estaba “prendida con alfileres” y entrelazaba dos corazones que jamás se entenderían. Preocupada, ella se sentó al lado del

chico y le mostró con ternura cómo hacer los cuatro puntos de ganchillo, cómo llevar la cuenta y cómo pasar el hilo.

Es cierto que “siempre hay un roto para un descosido”, porque así fue como descubrimos que había recibido como legado la soltura y la aptitud para fabricar, a partir de unas hebras y el meneo de sus manos, trabajos que le mantenían entretenido y alejado de desatinos, a veces pueriles y habitualmente crueles. Con el extremo de una lana y a partir de un anillo, pasando y estirando, comenzó a construir la cadeneta más larga del mundo que, atada en el viejo árbol de la entrada, planeó que iría soltando cuando viajase a los lugares más lejanos, allanando de ese modo el trayecto de regreso. Su mayor aspiración de chiquillo iluso, incumplida a posteriori, era volver al nido cuando concluyese cada periplo de sus aventuras inventadas.

Ella no tardó en duplicar su atención conmigo, luchando por no aflojar el cordel que habíamos ido trenzando. Tomando la fresca un atardecer, otorgándome su confianza e insuflándome una responsabilidad que, acaso superaba mi pretensión de descifrar secretos, me trasladó su desazón cuando conocieron al prometido. Y cargó sobre mi ya mermada admiración a mi progenitor, su desilusión, el desencanto del que sueña con lo sublime y se topa con lo ínfimo, su sensación de asistir a un encuentro funesto. Con un rencor ignoto en ella, me expresó la horrible primera impresión de aquel joven, que en absoluto estaba a la altura, por su zafio manejo de los sentimientos y porque “lo cortaron para rico y apenas lo hilvaron”. Desde aquella confesión, mi percepción de los adultos nunca fue la misma y me costó adaptar mi

sensibilidad a ese insólito fiasco, a ese hallazgo que todavía ahora preferiría desoír.

La felicidad candorosa comenzó a apagarse en la fría oscuridad de noviembre. La cena estaba lista y corrí a avisar al abuelón, que tenía como costumbre leer libros de guerra en su sofá pegado a la chimenea. Le llamé y no me respondió, eso me alertó porque era puntual en sus rutinas como un reloj. Me acerqué por si estaba dormido, para asustarle con una palmada fuerte, que sirviese de pistoletazo de salida a una de sus persecuciones, en las que no me daba alcance, pero ponía en jaque mi temple y mis ganas de gritar. Sin embargo, no me siguió, ni me abrazó, ni siquiera dijo adiós con su mano grande, no advirtió a nadie, ni molestó en esa última travesía. Su ausencia trastocó sin consuelo nuestros caminos, disfrazados aparentemente en el consabido “zurciendo y remendando vamos tirando”.

Ella se resistía a dejarse vencer por el irreversible hueco y la insoportable carencia, aferrándose a la reminiscencia de lo sentido, a la añoranza de lo perdido y al dolor de lo inconcluso. Pretendía, sin convicción, no dar oportunidad a la derrota y no prestar a la muerte más victorias, más alientos robados porque, en principio, la existencia no se cede y “las que han sido costureras, nunca dejan las tijeras”. No obstante, no fue la misma, su verdadero espíritu se fue diluyendo y al tiempo que se encogía su alma por la soledad no consentida, menguaba su presencia y su virtud de sobreponerse. La idea de que ella le sostenía a él, le daba el brío y el coraje, la fuerza y la seguridad, quedó relegada por la certidumbre de que habíamos vivido

engañados por una triquiñuela de las falsas apariencias, de lo que se da por hecho.

La doctora de la residencia me ha recomendado escribir para ejercitar mis deterioradas facultades y no olvidar mi pasado, intentando hilvanar así un incierto futuro en el que me cuesta confiar, aun cuando mi salud es de hierro. Me inclino a ensimismarme en mis primeros años, recreados con una rotunda fantasía y adornados con el resabiado matiz de mi vulnerable y atormentada vejez. He resuelto obviar una madurez que me acongoja y renueva sin descanso mis pesadillas, a pesar de las numerosas pastillas que ingiero para mis dolencias, entre las que destaca el insomnio. Juego al despiste con la nostalgia y con la verdad, la auténtica y la gestada para la ocasión, muevo las piezas según mi conveniencia, según mí estado de ánimo o guiada por las constantes molestias de mi maltrecha rodilla. Si algo he asimilado con el implacable paso del tiempo es que ni unos somos tan perversos, ni otros tan santos, que sin excepción atesoramos virtudes y defectos, que son los implicados quienes conocen los detalles y que la justicia no es igual, ni de lejos, para todos.

Por eso, soslayando las reticencias iniciales y familiares, me obligué a perdonar a mi padre por sus improcedentes normas y por su repentino abandono, castigando nuestra creencia de que su figura era perenne. Conocer su terror a morir en solitario, ablandó las suspicacias sembradas en mi tierna edad con el propósito de menoscabar irremediabilmente una fascinación que,

supongo, existió por él. El sincero agradecimiento, que sentí en su terminal suspiro, me devolvió unos rasgos en los que fui capaz de reconocerme. Me reconcilió con un carácter que no había llegado a odiar y me concedió la dicha de remendar un abismo que había desgarrado mis entretelas.

Más engorroso resultó hacer las paces con mi hermano, con el que había aprendido a sostener con alfileres nuestros recuerdos comunes y con el que se enredaba fácilmente la madeja de la convivencia, por sus múltiples caprichos. La naturalidad en nuestro trato, antes fluido y afectuoso, se enturbió y se disipó cuando escogió la vía de la correspondencia con membrete de abogado, para dilucidar vanas y monetarias cuestiones de simple resolución a través de un diálogo cordial y afable. Sentarme de nuevo frente a él, separados por una mesa semejante a un muro infranqueable, fue posible únicamente gracias a un prolongado periodo de mutismo, a una generosidad arañada a mi rencor y a unas puntadas misteriosas que alguien unió por nosotros.

Me gustaría narrar en este absurdo cuaderno que ese enigmático pespunte, intrincado y enmarañado, se fue corrigiendo gracias a la equitativa intercesión de nuestra madre, que ejerció un ecuánime papel mediando entre las dos mitades. Si anotase eso con mi mediocre caligrafía de colegio rural de antaño, mentiría, burlando lo que efectivamente sucedió. Ella había emprendido un largo viaje, en el que su itinerario se torció irremisiblemente, ciñéndose al presente inmediato sin conjugar más verbos que los de sus elementales necesidades, sin diferenciar una jornada de otra. Con un rictus fijo

de asombro y una ligera mueca en sus labios, se limitaba a examinar nuestros cuerpos con extrañeza y a canturrear viejas canciones de corro, que hacían escapar un reguero de baba por su temblorosa barbilla. Irritada por esa terrible crueldad, aplacé el acto de estrecharla entre mis brazos, hasta que volví a cuidarla con ímpetu renovado, hasta que la colmé sin desfallecer de esas caricias que le habían fallado.

Casi utópico fue tratar de pasar página con la personalidad de mi abuela, porque su estampa y su peculiar temperamento estaban clavados intensamente en mi talante y en mi método tajante de afrontar los acontecimientos. Ella, que era el espejo en el que procuraba hallar mi reflejo, no me instruyó ni en el valor de la diplomacia para atajar conflictos, ni en la eficacia de la mano izquierda para zanjar asuntos incómodos. Por el contrario, me reveló el recorrido más sencillo para saborear la escurridiza felicidad, para sortear la zozobra generada por la envidia, los embustes o la inquina.

Por eso, aquella medianoche en la que fue deteniéndose paulatinamente su ritmo cardíaco, cuando estaba a punto de soplar más de cien velas y nosotros la considerábamos inmortal, yo me convertí en huérfana y me sumergí en una persistente melancolía, que se adhirió como un tatuaje a mi genio, transformándolo en condena perpetua y en causa de inquietud para mis reducidas amistades. En cuanto su, casi diminuto, cadáver salió de su quimérica morada multicolor, se originó un fulminante y espantoso incendio, que alumbró el cielo con millones de chispas polícromas y que nos impuso, a mi hermano y a mí, reunirnos con urgencia apremiados por el vecindario.

No ha habido instante en el que no la haya echado de menos o haya extrañado su atildado empaque, sus juiciosas advertencias, sus rápidos vistazos de las situaciones comprometidas y sus observaciones cargadas de intención. Y, desde que abordé el incoherente e impuesto cometido de recoger en estas disparatadas líneas mi descabellado testimonio, esa privación se hizo menos latente y más atroz para mi resentida senectud. En esta etapa, en la que las adicciones ya no son peligrosas, porque no hay margen para dilatar la dependencia, me he enganchado al martirio y la pesadumbre. Sin cesar y machaconamente, mi torturado pensamiento continúa estremeciéndose con la jerga que ella usaba, sin casi prevenirme, sin dispensarme ningún paliativo, sin la piedad que meritan mis canas o mis achaques.

Entorpeciendo con saña el sosiego prescrito y motivando mi llanto angustiado, resuena sin respeto y con atronador eco en mis escarmentadas entrañas: “A mala costurera, le sobra la hebra”. Y no hay vocablo u oración que aplaque ese encarnizado sufrimiento o atenúe esa inexorable agonía, que no se decide a saldar deudas.